

Joaquín Estefanía

Revoluciones

Cincuenta años de rebeldía
(1968-2018)



Galaxia Gutenberg

© Gorka Lejarcegui, *El País*

Joaquín Estefanía Moreira es licenciado en Ciencias Económicas y en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense de Madrid. Ha ejercido desde 1974 como periodista en distintos medios de comunicación. La mayor parte de su vida profesional ha estado vinculada al diario *El País*, donde, entre otras responsabilidades, ejerció las de redactor jefe, subdirector, director de Opinión y director del periódico (1988-1993). En la actualidad escribe una columna semanal en el mismo. Fue miembro del consejo editorial del Grupo PRISA y de *El País* hasta el año 2014. Durante veintiún años (1993-2014) ha sido director de la Escuela de Periodismo de la Universidad Autónoma de Madrid/*El País*. Desde el año 2007 hasta 2015 dirigió el «Informe sobre la Democracia en España» de la Fundación Alternativas. Asimismo dirige la Cátedra de Estudios Iberoamericanos Jesús de Polanco de la Universidad Autónoma de Madrid. Es Premio Europa de Periodismo por su defensa, al frente de *El País*, de las libertades democráticas; Premio Joaquín Costa de Periodismo por sus trabajos sobre la deuda externa de América Latina; y Premio de la Asociación de la Prensa de Madrid por toda una trayectoria en defensa del Estado del Bienestar como parte de la democracia. Entre sus últimos libros destacan *La economía del miedo* (Galaxia Gutenberg, 2011), *Estos años bárbaros* (Galaxia Gutenberg, 2015), *Los Tyrakis. Una saga familiar para entender la crisis de Grecia* (en colaboración con Ana R. Cañil, Galaxia Gutenberg, 2016), y *Abuelo, ¿cómo habéis consentido esto?* (Planeta, 2017).

El último medio siglo (1968-2018) ha sido testigo de una generación que amaneció a la madurez con la alegría revolucionaria de Mayo del 68 y que se está jubilando en pleno vigor de una revolución conservadora y de los populismos de extrema derecha que amenazan con llevarse por delante muchas de las conquistas civilizatorias de este tiempo. Esa generación es la que ha mandado. Una generación que con sus aciertos, sus contradicciones, sus arrebatos de cólera (a veces ingenuos; a veces violentos; casi siempre justos) o su resignación ha tratado de cambiar el mundo, aunque no con la profundidad y la velocidad que previeron sus protagonistas, algunos de los cuales podrían decir: «Queríamos cambiar el mundo y el mundo nos ha cambiado a nosotros».

A cada año mágico revolucionario (1968: París, Praga, México; 1999: movimiento antiglobalización; 2011: los indignados) le ha sucedido una reacción (1979-1980: Thatcher y Reagan; 2011: los *neocons*; 2017: Trump) que ha pretendido siempre volver al *statu quo* anterior, a lo que creían un estado natural de las cosas, utilizando los principios de coerción y persuasión, el poder duro y el poder blando. Durante aquellos años mágicos, los jóvenes como categoría histórica han disputado a la clase obrera el monopolio del protagonismo redentor de los cambios que ésta tuvo durante el siglo XIX y primera parte del XX. El sentido de la historia lo daba el progreso, pero el motor de la historia no ha sido sólo la lucha de clases, sino las ansias de un grupo transversal de ciudadanos que ha reivindicado su lugar en la política, la economía y la cultura.

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: marzo 2018

© Joaquín Estefanía, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018
Imagen de portada: © Josef Koudelka,
Agencia Magnum, Contact, 2018

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17355-25-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Ana

1

Introducción: La tribu de los topos

«Así que venid, amigos, no temáis.
Pasamos por aquí de puntillas.
Fuimos creados en el amor;
y en el amor desaparecemos.
Aunque todos los mapas de sangre
y carne
están colgados en la puerta,
aún no hay nadie que nos haya
dicho
de qué sirve Boggie Street».

LEONARD COHEN

LOS AÑOS MÁGICOS

Cada herejía tiene su apostasía. La tercera ley del movimiento de Newton –«a toda acción se opone siempre una reacción igual»– ha tenido un correlato casi perfecto en los movimientos sociales en este último medio siglo. Revoluciones y contrarrevoluciones han estallado contra lo políticamente correcto en cada situación; se han sublevado contra cada *statu quo*. A cada Mayo del 68 le ha sucedido un Mayo del 68 en sentido inverso; a cada avance progresista, una revolución conservadora; a la formación de una izquierda alternativa, la creación de una nueva derecha *neocon*; a cada paso socialdemócrata, una oposición neoliberal. La historia continúa y analizar medio siglo es sólo una formalidad. En algún momento habrá que hacer balance y al final del mismo determinar quiénes son los vencedores y quiénes los vencidos en esta dialéctica de confrontación sistemática. Cada una de las partes ha florecido cuando ha

dispuesto de la fuerza con la que oponerse. Se trata de un proceso estocástico, cuyo comportamiento es no determinista. Depende de la correlación de fuerzas que se acumule.

A un lado del *ring* están los años mágicos, 1968 (mayo), 1999 (movimiento antiglobalización), 2011 (los indignados); en el otro, los reactivos, 1979 y 1980 (Margaret Thatcher y Ronald Reagan), 2001 (los neoconservadores) y 2016 (Donald Trump). Tan disímiles unos y otros. En un rincón, los jóvenes, que arrebataron al proletariado el monopolio de la rebeldía; en el otro, los aparatos del Estado, dispuestos a no consentir esa rebeldía y a restaurar sin complejos lo que el economista Lluís Boada ha denominado «la senectud del capitalismo». A cada gesto corresponde otro en sentido contrario. Sin tenerlo en cuenta no es posible medir bien la potencia que requiere cualquier acción, pues a ésta le corresponde una reacción. Acción y reacción son indisociables: si el sentido de la historia lo da el progreso, el motor de la historia era la lucha de clases. Las revoluciones, en su sentido más amplio, son un legado incomparable que han pretendido, equivocadamente o no, quienes han luchado por la dignidad humana y por dejar tras de ellos un mundo mejor que el que encontraron al nacer.

El concepto de revolución comenzó a ser utilizado en política a partir del siglo xvii. Adquirió un aura mítica que siempre le ha rodeado. En este libro no se utiliza dicho concepto *stricto sensu*, esto es, como la toma violenta y rápida del poder político que genera en las sociedades transformaciones profundas y duraderas en el orden político, económico e institucional. Según el historiador José Álvarez Junco («Las revoluciones: entenderlas o añorarlas», *Claves de Razón Práctica*, número 254), hay otra acepción más genérica, menos dura, que contempla a las revoluciones como explosiones colectivas de protesta con aspectos trágicos pero también festivos, que tienden a sustituir el orden social y político existente por otro en el interior del mismo

terreno ideológico (dentro del capitalismo –el capitalismo del bienestar–, dentro del socialismo –el socialismo de rostro humano–, o en el seno de una dictadura –aparición de varias sensibilidades en un sistema de partido único–); fenómenos culturales genéricos, como la fascinación que los sueños de redención ejercen sobre la colectividad humana. El politólogo conservador Samuel Huntington dice que la modernización erosiona las viejas creencias y lealtades, y hace aparecer nuevos actores y nuevas demandas sociales ante las cuales la comunidad política puede no saber adaptarse; entonces, los grupos emergentes se enfrentan con la autoridad establecida por canales ajenos al sistema y ello culmina en una revolución.

Es significativa la sustitución de la lucha de clases por la brecha generacional en esta historia. Los jóvenes que han salido a la calle, muchos de ellos provenientes de la burguesía y de las clases medias, acusaron a los obreros de aburguesamiento, de tener cosas que perder, por lo que no podían seguir siendo la vanguardia del cambio como en el siglo anterior. Con las transformaciones, el proletariado ha ido perdiendo poco a poco el carácter de vehículo único de las metamorfosis sociales que ganó desde 1848, aquel año de la «irreligión de la revolución», cuando la izquierda europea esperaba una mutación total, inevitable, predestinada, del orden social. El proletariado también ha perdido el carácter del mito movilizador más poderoso del mundo contemporáneo. La juventud, interclasista, contradictoria, transversal, ha tenido que tirar en más de una ocasión de ese proletariado para que se movilizase, produciéndose contradicciones entre generaciones distintas, que han vivido de manera diferente. Ha sustituido algunas veces al sujeto redentor.

Hemos utilizado la metáfora marxista del topo –«[...] y cuando la revolución haya llevado a cabo esta segunda parte de su labor preliminar, Europa se levantará y gritará jubilosa: ¡bien has hozado, viejo topo!» (El dieciocho Brumario

de Luis Bonaparte)– para describir la rebeldía de los jóvenes durante este tiempo, y la hemos completado con la versión que de ella dio el que fuera secretario general del partido italiano Potere Operaio, Sergio Bologna, hasta principios de los años setenta del siglo pasado, que en un artículo y un libro titulados *La tribu de los topos* pretendió desarrollarla en relación a los procedimientos de los estudiantes de extrema izquierda a finales de esa década. Bologna, profesor en Trento, Padua y Bremen, estudiaba a la nueva izquierda y a fracciones del movimiento sindical instalados en el que se denominó «movimiento de 1977» (en el que apenas participó la clase obrera). Todo partía de William Shakespeare, que en su *Hamlet* escribe: «¡Así se habla, viejo topo! ¿Podrás trabajar rápido bajo tierra?». Karl Marx asumió la imagen del viejo topo, que se convirtió en una de las alegorías políticas recurrentes de la izquierda. Un líder sesentayochista de la IV Internacional, Daniel Bensaid, buscó las analogías entre el viejo topo y lo que en ese año sucedía:

Desde Shakespeare a nuestros días, el topo es la metáfora de lo que avanza obstinadamente, de las resistencias subterráneas y de las irrupciones súbitas y, muchas veces, inesperadas. Cavando con paciencia sus galerías en el espesor oscuro de la historia, surge en ocasiones a plena luz, en el destello solar de un acontecimiento. Él encarna el rechazo a resignarse, a la idea de que la historia está llegando a su fin.

Mao Zedong, otro mito de la izquierda sesentayochista, recreó esa resistencia de otro modo en el relato titulado «El viejo tonto que removi6 las montañas»: «Después de que yo muera seguirán mis hijos, cuando ellos mueran quedarán mis nietos y luego sus hijos, y los hijos de sus hijos y así sucesivamente».

No todos los jóvenes rebeldes de este último medio siglo hubieran entendido la metáfora del viejo topo. Sin duda muchos no la conocieron. Sí la mayoría de los *soixante-huitards*, autoformados en las distintas familias del marxis-

mo más duro (maoísmo, trotskismo, espartaquismo, guevarismo...), excepto en la más ortodoxa, la que llegaba de Moscú, de la que abominaban como una especie de capitalismo de Estado o como una degeneración burocrática del «verdadero comunismo». Pero no la habrían comprendido sus hijos o sus hermanos pequeños pertenecientes a los movimientos altermundistas, o a la tercera generación proveniente de la multitud de grupos indignados. Los penúltimos y los últimos han roto con los marxismos (con excepciones minoritarias), por ignorancia o por desinterés, y retomaron el hilo roto del año 1789. Revolución francesa frente a revolución bolchevique; libertad, igualdad y fraternidad frente a todo el poder para los sóviets. Lo escribió el compañero de Marx, el viejo Friedrich Engels, en el último prefacio a *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*: estábamos «hechizados» por el experimento histórico de 1789, porque fue entonces cuando Francia acabó con el feudalismo y entronizó a la burguesía, «una paridad clásica no igualada por ninguna otra tierra europea».

Si hubiera que establecer algunos factores de unificación entre estos tres movimientos protagonizados fundamentalmente por los jóvenes –Mayo del 68, antiglobalización, indignados– éstos podrían ser, entre otros, los siguientes:

–1) La rebelión contra todo tipo de autoridad. Fueron pronunciamientos libertarios en el sentido extenso, no en la acepción ideológica (anarquista) del término. Lucharon contra el principio de autoridad en territorios tan esenciales para el sistema como la educación, la familia o los medios de comunicación tradicionales, los que antes se calificaban como aparatos ideológicos del Estado. Ello dio lugar a antinomias muy peculiares, sobre todo al principio: ¿cómo se era al tiempo antiautoritario y maoísta o trotskista?, ¿cómo se podía criticar a los medios de comunicación por manipuladores al servicio del sistema y al tiempo aprovecharlos

para retransmitir en directo las movilizaciones masivas y los lemas que en ellas se repetían?

Fueron movilizaciones comunitaristas, formas de participación que agigantaban las emociones colectivas, aun con diferentes modalidades de activismo popular. La rebelión contra un sistema educativo elitista y decadente, contra el pago de una deuda pública entendida como ilegítima, o contra una austeridad desequilibrada son sólo los puntos de partida. La gente no se manifestaba en la calle para rendir homenaje a un artista, como en un festival de música, ni para escuchar a un orador, como en un mitin político o en una iglesia. Como expresó uno de los participantes en el movimiento del 15-M en Madrid, la gente no acudía para ver la función, sino para ser la función misma, y lo que se estaba representando no tenía actores principales, divos ni guión previo, sino que los argumentos, debates, quejas, críticas, las propuestas concretas y las ideas generales se intercambiaban por otras.

-2) La decepción, el enfado y la indignación no se formalizaban tanto por la dureza absoluta de las circunstancias políticas o económicas de los contestatarios (al fin y al cabo, no pertenecían mayoritariamente a los países más pobres o más sangrientos de la Tierra, sino al Primer o Segundo Mundo, o a la aristocracia del Tercer Mundo), sino por la desigualdad con la que los infortunios golpeaban en cada momento a los distintos segmentos de la sociedad (el concepto de clase social se fue transformando con una complejidad creciente, dejando difusos sus contornos). Expresaban su preocupación por el futuro, por quedarse atrás en una distribución de la renta, la riqueza y el poder cada vez más regresiva, por las dificultades crecientes para acceder a la igualdad de oportunidades y de resultados, y no depender tanto de su esfuerzo personal como de las condiciones económicas de sus antecesores.

Al revés que en las revoluciones y revueltas dirigidas por la clase trabajadora en los siglos XIX y primera parte del XX,

los jóvenes rebeldes también se preocupan por los que están debajo de ellos, pero se fijan además en los que están encima, en la cúspide; cómo viven, cómo se ha introducido por la puerta de atrás la «rebelión de las élites» mediante la cual éstas no quieren pagar más impuestos con los que financiar el Estado porque han privatizado partes significativas de ese Estado: habitan en urbanizaciones cerradas, con su propia sanidad, educación primaria, secundaria y universitaria, sus sistemas de seguridad privada, etcétera. Esas élites son los nuevos invisibles; tratan de que no se sepa de ellas, quiénes las componen, cuánto ganan y cuánto tienen, para no ser objeto de indignación. De esa reflexión salió el lema de Occupy Wall Street «Somos el 99%». El 1% restante son «los otros».

–3) Cada momento de la historia tiene sus poderes fácticos. Hubo un tiempo en que lo fueron la Iglesia, el Ejército y la banca. Los dos primeros se disolvieron en el *ethos* de las sociedades democráticas, y quedó el sistema financiero, los mercados, que devinieron en el enemigo principal de los jóvenes contestatarios. Para ellos, los políticos profesionales, los organismos multilaterales como el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC) o la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE), conformados por altos burócratas, no son sino los empleados de los poderes financieros que mueven los mercados, como si fueran marionetas.

EL INTENTO DE ALUMBRAR UN SEÍSMO

Los jóvenes rebeldes tuvieron que olvidar los «anestesiados años cincuenta» y entrar en la década prodigiosa. Uno de los personajes de la novela de espías *El intocable*, de John Banville, lo explica mejor que ningún ensayo:

Hoy en día todos denigran los años cincuenta, diciendo que fue una década deprimente y tienen razón si se piensa en el maccarthismo, Corea, la rebelión húngara [...] todos esos asuntos serios. Sospecho, sin embargo, que la gente no se queja de los asuntos públicos, sino de los privados. En mi opinión su problema era muy sencillo: no tuvieron una vida sexual intensa ni realmente satisfactoria. Todo aquel torpe manoseo luchando con las fajas y la ropa interior de lana, aquellas cópulas sombrías en los asientos de atrás de los coches, aquellas quejas y lágrimas y silencios rencorosos mientras por la radio se cantaba con voz suave el amor eterno, ¡puf! ¡Qué sordidez, qué desesperación más desasosegante!

Por ello, el primer punto del orden del día de Mayo del 68 en Nanterre fue algo tan humilde como acabar con la prohibición de que los chicos y las chicas circularan con libertad por las habitaciones de unos y otras. Así comenzó todo. Ya se había obtenido el Estado del Bienestar, que no sólo aseguraba la protección social sino que legitimaba al Estado como tal. A continuación venían las costumbres y los poderes fácticos, la revolución sexual y luego –en esto han coincidido las tres generaciones de rebeldes– la denuncia de una forma de crecimiento económico que, orientada a la multiplicación del beneficio privado, era indiferente a las ideas de bienestar colectivo, justicia social y protección medioambiental.

El centro de la contestación va madurando mientras sitúa enfrente a un poder financiero cada vez más omnímodo, y la complicidad del poder político y cultural con él. Se hizo especialmente doloroso el papel de los socialdemócratas, que fueron abandonando su ideario clásico para conformarse, siempre según los jóvenes contestatarios, como una suerte de conservadores de rostro humano, compasivos, que ya no pretendían acabar con el capitalismo, sino transformarlo: hacerlo bueno. La socialdemocracia aceptó buena parte de las herramientas de la derecha política: privatizaciones, desregulación, prioridad de la lucha contra la inflación y no contra el paro, debilitamiento del poder sindical, reducción del gasto social, incremento del gasto de

defensa, etcétera. En ello jugó un papel determinante el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), el más importante de Occidente, quien en el año 1959, en un congreso celebrado en la localidad de Bad Godesberg, hizo oficial el final de la adhesión al marxismo, de las nacionalizaciones, el abandono de la política de desarme, su conversión en un partido de todo el pueblo y no sólo de la clase trabajadora. En definitiva, se incorporaba por la puerta grande al sistema capitalista, para corregir sus excesos, quitándose las adherencias de sus mártires Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y renunciando al socialismo como alternativa al capitalismo. Ello supuso una traición para una parte significativa del movimiento estudiantil, que abandonó al SPD y pasó a posiciones de extrema izquierda, a veces violentas.

El historiador británico Eric Hobsbawm escribió en el año 1993:

La crisis global del capitalismo en las décadas de los setenta y de los ochenta ha producido dos resultados igual de paradójicos. Ha llevado a una revitalización de la creencia en la empresa privada y un mercado irrestricto; a que la burguesía haya recuperado su confianza militante en sí misma hasta un nivel que no poseía desde finales del siglo XIX y, simultáneamente, a un sentimiento de fracaso y una aguda crisis de confianza entre los socialistas. Mientras los políticos de derechas se vanaglorian, quizá por primera vez, del término «capitalismo», que solían evitar o parafrasear debido a que esta palabra se asocia con rapacidad y explotación, los políticos socialistas se sienten intimidados a la hora de emplear o reivindicar el término «socialista».

Tres años antes del congreso revisionista del SPD habían tenido lugar dos acontecimientos muy significativos que sin duda influyeron desde fuera en él: El Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) había celebrado su XX Congreso, el primero sin Iósif Stalin, en el que su sucesor, Nikita Jrushchov, había pronunciado un «discurso secreto» (sin estar presentes los invitados extranjeros del resto de partidos hermanos) en el que había denunciado la represión estali-